



Adolf Eichmann en la cárcel preparando su defensa para el juicio (abril de 1961).

GETTY

La banalidad del mal

JORGE DE LOS SANTOS
FILÓSOFO

Arendt describe los últimos momentos de Eichmann cuando se dirige al patíbulo –su aparente seguridad, sus últimas palabras que se siguen manteniendo, como a lo largo de todo el juicio, como una sucesión de frases hechas, de clichés que Eichmann simplemente adopta sin pensar mucho en lo que dice– y describe la sensación de que aquello, su propio ahorcamiento, parece no ir con él. “Fue como si en aquellos últimos minutos resumiera la lección que su larga carrera de maldad nos ha enseñado, la lección de la terrible banalidad del mal [...]”, escribe al final de su informe, justo antes de redactar el epílogo. Nunca hasta ahora a lo largo de todo el escrito, *Eichmann en Jerusalén: un informe sobre la banalidad del mal*, había empleado Arendt esta expresión de “banalidad del mal”; sin embargo, esa inquietante idea sobrevuela todo el texto.

La historia es más o menos conocida. Adolf Eichmann fue uno de los diseñadores y ejecutores principales de la llamada “Solución Final”, la metodología optimizada para exterminar al mayor número de judíos en el menor tiempo posible y con

el coste más bajo. Con el rango de Obersturmbannführer de las SS, fue el máximo responsable de la sección IV.B4, el departamento especializado en “asuntos judíos” y responsable de su localización, evacuación y deportación. Simplificando, la tarea logística a gran escala consistía en el transporte, puerta a puerta, desde el lugar donde se encontraba el sujeto judío hasta la entrada del campo de exterminio. Lo que pasaba antes de recoger el “paquete” no era asunto suyo, lo que pasaba después de la “entrega” tampoco. Tras la guerra, Eichmann fue capturado, pero escapó del campo de detención norteamericano sin que sus captores hubieran podido identificar quién era realmente y se mantuvo oculto con identidad falsa en el norte de Alemania unos cinco años.

Posteriormente, y con otra documentación falseada, huye a Argentina. Allí prospera durante una década como director de planta en la empresa automovilística Mercedes Benz hasta que en 1960 el Mossad lo localiza, lo identifica y lo saca ilegalmente del país para llevarse a Haifa. Se le somete a juicio en la ciudad de Jerusalén y el 15 de diciembre de 1961 es declarado culpable y condenado a la horca. La sentencia

se ejecuta la madrugada del 31 de mayo de 1962. Hannah Arendt, filósofa discípula de Heidegger y judía superviviente del Holocausto, con una obra ensayística sobre teoría política respetada en el mundo entero, asiste en calidad de corresponsal de *The New Yorker* al juicio de Eichmann. Y empieza a detectar cuestiones en él que cambiarán nuestra comprensión sobre lo que es el ejercicio del mal y, por extensión, el mal en sí mismo y sus operantes.

UN TIPO NORMAL Y CORRIENTE

Lo primero que detecta Arendt es que el acusado es un tipo normal: no padece ningún trastorno mental, ninguna inclinación marcada al sadismo, ningún odio enfermizo por sus congéneres, ninguna fobia especialmente significativa hacia lo semita. Eichmann es, y aquí empieza el asunto a complicarse, un tipo moderadamente culto, amante de su familia, buen vecino; el funcionario impecable, ideal, solícito, obediente, que cumple eficazmente con las leyes y los procedimientos que le marcan y que prospera por ello. Cuando Arendt profundiza en su biografía, ve que toda su existencia ha tenido algo recurrente y extraordinariamente común entre todos nosotros: siempre ha tenido alguien o algo que le marque el fin y el objetivo de los medios que él emplea con eficacia. Es decir, siempre ha habido un dueño, una ideología, una causa, que le ha marcado el propósito evitándole el tener que valorar el sentido de ese propósito. Siempre ha habido algo que le permitiera no tener que pensar en nada más que en la optimización operativa de lo que le han dicho que tiene que hacer.

Eichmann, que se encargó de la "paquetería" de millones de judíos, nunca vio nada malo en hacer lo que hacía porque no valoraba más que su capacidad para hacer lo que le ordenaban, porque no juzgaba nada más que cumplir con las ordenanzas que habían dictado los que ya habían pensado antes por él. Ningún juicio moral sobre lo que hacía, ningún juicio político sobre la cuestión que lo había llevado adonde estaba, ningún juicio psicológico sobre las capacidades de sus superiores, ningún juicio de conciencia sobre él mismo: nada. Era la encarnación de la suspensión crítica, de la imposibilidad de someter a análisis, valoración o juicio crítico nada de lo que le rodeaba. Él era un "mandao", un simple espectador que presenciaba el espectáculo comiéndose unas palomitas, un cualquiera que se acogía a unos procedimientos y lograba medrar y prosperar en el mundo que le habían puesto delante, sin mayor preocupación que

dilucidar que, si en el vagón caben cien niños judíos, por qué no pueden caber ciento diez.

La estrategia del poder le facilita su corriente forma de estar en el mundo; la responsabilidad queda diluida entre los responsables del procedimiento, pues cada uno de ellos es responsable de un solo paso, pero nunca del destino. Uno coge el teléfono, otro pasa el dossier al punto A, el siguiente lo traslada al punto B; el punto B los ordena en diversos apartados, otro arroja a la papelera los pertenecientes al epígrafe B1, amontona los del B2 y da curso a los del B3; el del B3 pide información suplementaria antes de considerar si hay que molestar al punto C... Nadie es responsable final de que un chiquillo muera de hambre, una viuda no cobre su miserable pensión o un tipo se ahorque en la escalera del piso de protección oficial. Nadie es responsable, pues siempre hay un punto, un procedimiento más allá del suyo que ya se encargará de dar continuidad a su inocente e impecable acción, siempre habrá alguien encargado de juzgar convenientemente el fin último, alguien, bendito sea y benditos seamos todos, que nos libra de tener que ver el conjunto.

EL JUICIO DE ARENDT

Los antiguos griegos tenían un concepto, el *idios*, que representaba lo particular de cada uno, lo que le es propio. Al que no seguía el hilo por estar demasiado ocupado en dedicarse exclusivamente a reducir todo lo que le rodea-

ba a lo propio, al que no podía ocuparse de lo público, de lo de todos, por su incapacidad para ver más allá de eso propio lo designaban con un apelativo: *idiotés*. Un idiota. Eichmann era, aunque Arendt nunca lo calificó así, un profundo idiota, un idiota profesional que había hecho de su idiotez su exitoso sustento, uno de esos millones de idiotas que demuestran que el mal puede ejecutarse en sus más inhumanas y crueles formas de manera banal, de manera procedimental, como el que pasa ocho horas al día po-

niendo estampitas en el álbum de cromos o el que las pasa, idiotizado, frente a lo que le idiotiza.

El juicio a Eichmann en Jerusalén fue como fue; pero el juicio que hizo Arendt, una filósofa, una encargada de ver el conjunto, al juicio de Eichmann en Jerusalén fue demoledor, infinitamente más demoledor de lo que supieron ver los críticos a sus conclusiones. El juicio de Arendt no solo permite comprender por qué nuestro mundo es tan atroz, sino también por qué está tan insultantemente lleno de idiotas, por qué está tan perversa y eficazmente construido desde y para ellos. **MH**

Eichmann nunca vio nada malo en hacer lo que hacía porque no valoraba más que su capacidad para hacer lo que le ordenaban, para cumplir con las ordenanzas de otros